

La barbarie religiosa

José M. Vegas

Doctor en Filosofía. San Petersburgo



1 Hay ocasiones en que ser creyente es harto incómodo. Proclamar la propia fe en un Dios, en cuyo nombre tantas veces se ha masacrado, se ha incitado al odio, se ha tratado de justificar lo que P. Ricoeur llama «lo intolerable»¹, no es una tarea sencilla. Frente a la apologética que afirma, creo que con razón, el poder humanizador de lo religioso y los múltiples servicios hechos a la humanidad (a la causa de la paz, de la cultura, de la ciencia, del arte, de la justicia) por las diversas religiones históricas, especialmente por el cristianismo, se alza la antiapologética que pone el dedo en las llagas de la intolerancia, el fanatismo, las guerras de religión y, en general, la justificación sacralizadora del desorden establecido. No puede servir de consuelo afirmar que los crímenes cometidos en nombre de Dios son desviaciones más o menos anecdóticas, producto de circunstancias históricas en las que la conciencia moral de la humanidad no se había desarrollado suficientemente, un desarrollo al que precisamente la religión habría contribuido decisivamente. No puede servir de consuelo, porque es posible encontrar ejemplos de exquisitez moral en épocas históricas bien remotas (pensemos en la figura de Sócrates), así como estrechísimos lazos entre la causa de Dios y la causa del hombre en periodos históricos que, desde otros puntos de vista, podríamos calificar de bárbaros (en el sentido de la «barbarie» de que tratamos aquí): recordemos tan sólo a los profetas de Israel, que proclamaban que el verdadero culto al Señor consiste en la preocupación por el pobre y el indigente y en el respeto de la justicia.

Pero es que, además, si las alusiones a la historia no son suficientes, podemos contemplar en nuestros días cómo el fanatismo religioso sigue campando por sus respetos. No es algo del pasado, sino de hoy. Y no es sólo algo del fundamentalismo musulmán. En el secularizado occidente no es posible cerrar los ojos al trasfondo religioso del conflicto irlandés o de los Balcanes y a las raíces religiosas del fanatismo nacionalista vasco. No sólo Sadam Hussein invocó el nombre de Dios en la primera guerra del Golfo, sino también Bush padre. No es difícil esperar que tales invocaciones vuelvan a escucharse pronto, al son de los tambores de la segunda guerra del

Golfo. Cuando hace sólo algunos decenios la Alemania nazi atacó a la Unión Soviética, no fue la defensa del socialismo, sino de la ortodoxia, lo que invocó Stalin para movilizar a los rusos a repeler la agresión, en una célebre alocución en que no comenzó diciendo «tovarishi!» (camaradas), sino «bratia i siostry» (hermanos y hermanas).

En definitiva, la asociación de barbarie y religión se realiza con facilidad. Por eso mismo, la asociación de fanatismo con lo sagrado («fanum») es vista por muchos como algo estructural e inevitable. De ahí la conclusión de que una condición para acabar con toda forma de fanatismo es el fin de la religión, o al menos su reclusión en el ámbito exclusivo de lo privado.

2. La experiencia religiosa se caracteriza por ofrecer respuestas a preguntas radicales que el hombre inevitablemente se plantea. Son las preguntas por el origen y el fin de todo, por el sentido del mundo y de la existencia humana en él, por el problema de la salvación del mal y de la muerte. En la relatividad de nuestro mundo espacio temporal, el hombre busca un asidero absoluto que le salve del sinsentido del mal y de la disolución en la nada. Es cierto que estas preguntas no son exclusivas de la religión. La filosofía, la metafísica se las hace también. Pero la diferencia está en el carácter predominantemente teórico de las preguntas filosóficas, que, como tales, afectan sobre todo a la razón humana. La religión se caracteriza, en primer lugar, por ofrecer *respuestas* a esas preguntas. Y, en segundo, lugar, por constituirse en un ámbito de *experiencia* en el que es posible un contacto vital con esa realidad absoluta (totalmente otra, tremenda y fascinante), que abarca a la totalidad de la persona: su razón y su corazón, sus sentimientos, su intimidad y sus relaciones, su comprensión del universo y su comportamiento, en definitiva, su libre centro personal.

Al ser contacto con la divinidad, que no pertenece al orden de las cosas mundanas, que no es un mero objeto de experiencia disponible a nuestros sentidos, es necesario recurrir a mediaciones simbólicas y sacramentales que, al mismo tiempo, visibilizan y ocultan el rostro de Dios. El símbolo etimológicamente es lo que une dos realidades distintas (*sym-ballo*: reunir, juntar), a diferencia de lo diabólico, que divide y separa. En el símbolo religioso, Dios se hace presente, pero no evidente. Por eso se exige la fe del creyente, para descubrir en el símbolo la presencia de lo divino.

Se comprende que lo religioso se preste con facilidad a la manipulación. Por un lado, la no evidencia de Dios

favorece que se confunda al mismo Dios con el símbolo que lo manifiesta y entonces se cae en la idolatría. Por el otro, al afectar a los estratos más profundos del ser humano, lo religioso se convierte en objeto de deseo de los más diversos intereses, ya que su invocación tiene un poder de movilización infinitamente superior a cualquier otra cosa. La propia tierra, la lengua, la cultura, la nación, el poder político y sus derivaciones económicas y militares, todo ello tiende a revestirse del aura de lo sagrado para afirmarse por encima de la relatividad de la que inevitablemente está afectado. Si nuestra tierra es sagrada, si nuestro pueblo es el elegido, si el poder de turno viene de Dios, si la guerra que se emprende es santa..., entonces está a salvo de la relatividad de todas las cosas mundanas, porque se convierte en símbolo sacramental del mismo Dios. Es el mismo Dios quien bendice a esta tierra, elige a este pueblo y lo guía en sus guerras, el que delega en este rey y en su dinastía. El Dios absoluto e inaccesible, totalmente otro y a quien nadie ha visto nunca, se convierte en el supremo legitimador de causas humanas, demasiado humanas. Cuando se absolutiza lo relativo y se sacraliza lo profano se cae en el fanatismo. De esta manera, los símbolos sacramentales de Dios, que revelan y esconden, haciendo a Dios accesible, pero preservando su misterio, inasible a la manipulación, se convierten en instrumentos a disposición del hombre, mejor, de algunos hombres, que se consideran investidos del derecho divino a decidir sobre el bien y el mal (normalmente sobre los «buenos» y los «malos»), sobre la vida y la muerte. De esta manera, el símbolo que debería unir y armonizar se torna arma diabólica que separa, divide y destruye. La teofanía se degrada y aparece la barbarie.

3. La experiencia religiosa evoluciona históricamente en la línea de la universalización. La comprensión de que Dios es Absoluto conlleva la convicción de que Dios es el único Dios y, por tanto, el Dios de *todos* los hombres. El universalismo religioso debería operar como un remedio del peligro de la degradación religiosa que supone el fanatismo excluyente y destructor. El universalismo profético de Israel y el universalismo de la fraternidad cristiana apuntan en esa dirección. Por desgracia no siempre se ha entendido así este universalismo. La manipulación ideológica e idolátrica del Dios de todos los hombres se ha traducido históricamente en una extensión de la propia fe no por la vía del anuncio respetuoso, sino por la del proselitismo, la conquista militar y la colonización cultural, es decir, según la lógica de la dominación y la conquista.

LA BARBARIE

Se quiere con esto decir que la degradación a la que está expuesta lo religioso, como todo lo humano, pero con una mayor dosis de peligrosidad, precisamente por la radicalidad y profundidad de las dimensiones que pone en juego, afecta también a las formas superiores de experiencia religiosa.

4. ¿Significa todo esto que fanatismo y religión se copertenecen de tal manera que es imposible separarlos? Si hemos dicho que existen formas de degradación de lo religioso significa que existen formas no degradadas de lo mismo y que, propiamente hablando, la experiencia religiosa excluye en su verdadera esencia lo que no es más que su perversión. Como hemos dicho, la experiencia religiosa toca las fibras más íntimas del ser humano y responde a sus interrogantes más profundos y definitivos. Renunciar, no ya a la religión, sino a lo que ella significa, implica renunciar a dimensiones irrenunciables para el ser humano, posiblemente a aquello que más auténticamente lo define.

Al hombre religioso le corresponde velar para evitar caer en la idolatría, en la perversión diabólica de la mediación simbólica en la que entra en contacto existencial con el Dios que se revela en su soberana libertad, pero no se deja dominar de ningún modo. Lo simbólico trastornado en lo diabólico (la fe en fanatismo, el anuncio en imposición, el universalismo en uniformismo...) es sencillamente la negación misma de la esencia de lo religioso. Por eso no es el escepticismo religioso el modo de exorcizar los peligros que una mala comprensión de lo religioso lleva consigo.

5. Quisiera concluir esta reflexión con una alusión expresa al cristianismo. El cristianismo es la religión que ha encontrado la mediación simbólica y sacramental en lo humano, en el hombre, imagen de Dios, en el rostro del hombre de Nazaret, encarnación de Dios y por eso imagen humana del Dios invisible. De esta manera el cristianismo radicaliza y completa la exquisita experiencia religiosa de Israel, que descubre a Dios no sólo y no sobre todo en la naturaleza, sino en la historia, el ámbito propio de la

existencia humana. Para el cristianismo el primer sacramento de Dios en la tierra es el mismo hombre, cada ser humano concreto, en el que habita Cristo. Los demás sacramentos manan de esta fuente. Por eso los signos sacramentales no son celestes, sino que están tomados de la vida humana en su cotidianidad: el agua, el aceite, la palabra, el pan y el vino. Y la esencia de todos ellos, el signo por excelencia por el que se conoce a los discípulos de Cristo es el amor, la disposición a dar la vida por los demás.

Si en nombre de Dios, por desgracia, se comete todavía el sacrilegio de matar lo más sagrado que hay en la tierra, también es verdad que en nombre de Dios miles de personas, hombres y mujeres, están dando su vida día a día en testimonio de la Verdad y a favor de sus hermanos.

En el Evangelio de Juan, en los capítulos 18 y 19, se encuentra una imagen paradigmática del problema que nos ocupa. Los sumos sacerdotes afirman «nosotros tenemos una Ley y según esa Ley este hombre debe morir» (19,7). Es la idolatrización de la Ley, la religión fanatizada que mata. En el otro extremo se encuentra Pilato, un romano escéptico, que se encoge de hombros ante la verdad (¿qué es la verdad?, dice en 18,38), que sin encontrar culpa en un inocente, se aviene a sacrificarle por razones políticas. Si el fanatismo mata, el escepticismo se lava las manos (cf. Mt 27,24) y se hace cómplice con su pasividad. Entre unos y otros se encuentra Jesús, el hombre religioso por excelencia, que

afirma: «he venido al mundo para dar testimonio de la Verdad» (Jn 18,37). Y su testimonio (martyrion) consiste en dar la vida libremente por esa Verdad.

La verdadera religión no mata, sino que da vida, y la da dando libremente la propia vida. Si en nombre de Dios, por desgracia, se comete todavía el sacrilegio de matar lo más sagrado que hay en la tierra, también es verdad que en nombre de Dios miles de personas, hombres y mujeres, están dando su vida día a día en testimonio de la Verdad y a favor de sus hermanos. El escéptico que sólo ve la imagen degradada de la Verdad (religiosa y no religiosa) y cree que lo mejor para no mancharse es lavarse las manos, se hace ciego para ese testimonio y, de esta forma, se hace cómplice de la barbarie que pretende combatir.

Notas

1. Cf. Paul Ricoeur, *Amor y justicia*, Caparrós Editores, Colección Esprit, Madrid, 1993, p. 100.